

amo mi presente como vosotros amaréis, si sois activos, la hora vuestra y por eso aun cuando vuestra suerte vaya a ser mejor, no os envidio, como no podréis envidiarnos a nosotros, porque el vivir sincero no puede renegar de sí mismo. Mi generación no os envidia; confía en vosotros y confía porque presente que así que llegue la ocasión viviréis más intensamente y combatiréis no por nuestra verdad, ni por vuestra verdad, sino por la verdad que es absoluta, que es inmutable y eterna.

Hay aquí jóvenes de todas las partes del mundo. Dirigiéndome primero a vosotros, nuestros huéspedes, debo decir que según ya tendréis noticia, desde antes de venir a visitarnos, México es un país turbulento, donde la guerra se sucede a intervalos y la paz se consolida difícilmente; pero quizás no todos sabéis cuáles han sido los móviles de esas extrañas guerras, quizás no se os ha hecho notar que la guerra de hace cien años que en estos días se conmemora, tuvo por objeto, no solo constituir una nacionalidad más entre tantas que ya hay bajo el sol, sino hacer un país libre de esclavitud de todo género, manumitido políticamente y también económicamente, como lo proclamó el genio clarividente de José María Morelos.

Vuestra rápida información acaso no os ha dejado observar que el triunfo de la causa insurgente no lo aprovecharon los héroes, sino que muertos ellos en el más noble de los martirios, la Iglesia Católica y las clases adineradas, las mismas que habían sacrificado a los héroes, robáronles la bandera así que convino a sus intereses, y consumaron la Independencia sin acordarse para nada de la libertad y la justicia.

Acaso no sabéis que a raíz de la Independencia y a pesar de la guerra de la Independencia, el clero católico era el propietario de más de las tres cuartas partes de la tierra cultivable de todo nuestra patria y que esas riquezas le servían para multiplicar los conventos donde ni siquiera privaba la devoción sino la holganza; y para sofocar todo asomo de libertad reduciendo a esclavitud efectiva no sólo las conciencias, sino los cuerpos. Acaso no sabéis tampoco, que para destruir este negro poderío, hubo una guerra sangrienta hasta dejar vencido el lema funesto de religión y fueros, que quería decir el privilegio y el abuso del militar y el fraile. Las armas liberales logran separar la Iglesia del Estado, arrancando a la primera todos sus bienes para convertirlos en propiedad individual; y expulsando al invasor extranjero que era el aliado de la Iglesia. El héroe máximo de esta lucha se llamó Benito Juárez, el hombre cuya estatua habréis visto en todas las

plazas de nuestras ciudades y aldeas. Pero quizás tampoco sabéis que después de unos cuantos años de paz fecunda durante la cual se construyeron vías férreas como la de Veracruz a México y obras importantes de todo género, un cabecilla afortunado, el general Porfirio Díaz, asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó todas las antiguas libertades, y consumió alianza de intereses mate-

¡OH LA LEJANÍA!

¡Oh la lejanía
en que yo vivía!
El dulce convento
del recogimiento!
Mis buenos hermanos,
santos franciscanos,
de barbas fluviales
y toscos sayales!

Los sabios consejos
de los priores viejos,
que pedían al cielo,
a veces con llanto,
morir como el Santo
de Asís, en el suelo!

¡La suave dulzura
de la vida pura!
¡Conciencia serena
que de amor se llena!
¡Oh dule reposo,
de luz, afanoso!
¡Oh la lejanía
en que yo vivía,
mi vida apartada
y a Dios entregada!

¡Mi huerto, mis flores,
únicos amores,
con ser terrenales,
casi espirituales!

¡Oh sencilla ciencia
de la penitencia!
¡Oh santo convento
del recogimiento
en que fué mi vida
por Dios bendecida!

CARLOS LUIS SÁENZ

«La Caja», 1919.

(Envío del Autor)

riales con la clase de los grandes terratenientes, enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o por la astucia. Creció de esta suerte el poder de una clase propietaria que por tradición nada más cultiva lo suficiente para pagar sus vicios, dejando al peón de campo en la miseria, y una gran extensión de las tierras sin cultivo. De esta suerte el sufrimiento y el oprobio llegaron a su máximo; las clases intelectuales, bajamente dispuestas, ensalzaban al Dictador y los miembros del clero católico lo bendecían; pero el pueblo, el bajo pueblo rural volvió a lanzar el grito de guerra y acaudillado por Francisco I. Madero, el apóstol magnífico, reanudó la vieja batalla, la ba-

talla del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y la injusticia. Pensad en el más alto ideal político, teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de divisiones profundas de clase y de clericalismo siempre en acecho y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas, frente a crímenes horrendos; noches sombrías y auroras de gloria y de redención. Tal es el terreno en que os encontraréis, que yo considero propicio para las discusiones graves. Yo estoy seguro de que sabréis aprovechar vuestras sesiones. La época de superficialidad en que los congresos de este género servían sólo para conquistar aplausos tan vanos que no podían dejar huella ni en el alma del halagado, pasó para siempre. Las circunstancias actuales del mundo, exigen que los hombres de pensamiento trabajen con pureza de propósitos y acrisolada buena intención. Aunque sois jóvenes se os pedirán cuentas exactas del esfuerzo que vais a emplear en estas deliberaciones. En todas partes se observará con interés vuestra actitud, y todos los hombres rectos, y los oprimidos de todo el mundo esperarán con ansiedad el fruto de vuestros empeños. No sé qué vago presagio nos hace confiar en que respaldaréis la obra más avanzada de la generación que os precede, en que nos exigiréis que vayamos todavía más adelante, siempre adelante, en todos sentidos. Aunque vuestro programa quizás os ciñe a determinados puntos, en realidad no hay asunto de interés social que no podréis tratar y difícilmente encontraréis ocasión mejor que la presente para formular el mensaje de vuestros corazones. Algunos de vosotros venís de países adelantados; no vaciléis en dejar aquí la semilla fecunda. Otros venís de pueblos que aunque aparentemente rinden culto a la justicia, en realidad mantienen despotismos feroces—el mundo entero necesita reformas;—poned todo vuestro entusiasmo al servicio de esas reformas. No os sintáis como si os halláis en un festín: toda fiesta es triste, y seguirá siendo triste, mientras siga prevaleciendo en el mundo la injusticia. Esta tierra en que os halláis necesita del trabajo y la fe de todos sus hijos, pero también el resto del mundo necesita de la acción humana noblemente orientada. Yo espero que vuestros acuerdos serán tan generosos que las votaciones tendrán que ser unánimes; pero si surgiesen cuestiones opinables o graves diferencias de criterio, yo creo que vuestro deber es no tomar votaciones por nacionalidades, sino por razas. Con este objeto los hispanoamericanos harán bien si discuten y resuelven en discu-